

Con prólogo de Nicholas Carr, autor de *Superficiales*

Michael Harris



Solitud

Hacia una vida con sentido
en un mundo frenético



PAIDÓS

SOLITUD

Hacia una vida con sentido
en un mundo frenético

Michael Harris

Traducción de
Fernando Borrajo


PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Solitude. A Singular Life in a Crowded World*, de Michael Harris
Publicado originalmente en inglés por Doubleday Canada, una división
de Penguin Random House Canada Limited.

1.^a edición, marzo de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Michael Harris, 2017

Publicado por acuerdo con The Cooke Agency International, The McDermid Agency Inc. e International Editors' Co.

© de la traducción, Fernando Borrajo Castanedo, 2018

© de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3421-4

Fotocomposición: gama, sl

Depósito legal: B. 2.306-2018

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España — *Printed in Spain*

Sumario

<i>Prólogo</i> , por Nicholas Carr	13
<i>Introducción</i> . La magia nacida de la oscuridad	15
Parte I. LOS USOS DE LA SOLEDAD	21
1. Ahora, todos juntos	23
2. ¿Para qué sirve la soledad?	39
Parte II. COMO CAÍDO DEL CIELO	51
3. La mente errante	53
4. Destruidores de ensueños	67
Parte III. ¿QUIÉN TE CREES QUE ERES?	79
5. Estilo	81
6. Tienes que probar esto	97
7. Más extraño en un mundo extraño	109
8. Un paseo por la naturaleza	127
Parte IV. CONOCER A LOS DEMÁS	145
9. Historias sociales	147
10. Cartas de amor	167
11. El cuerpo desfalleciente	181
12. La cabaña del bosque	197
<i>Agradecimientos</i>	211
<i>Notas</i>	213
<i>Índice onomástico y de materias</i>	229

Parte I

LOS USOS DE LA SOLEDAD

Creo conocer la única cura, que consiste en crear el centro de tu vida dentro de tu yo, sin egoísmos ni exclusiones, sino con una especie de inexpugnable serenidad; en decorar tu morada interior tan lujosamente que estés contento en ella, feliz de dar la bienvenida a quien desee quedarse allí, pero igualmente satisfecho cuando estás inevitablemente solo.

EDITH WHARTON

Capítulo 1

AHORA, TODOS JUNTOS

MI COMPAÑERO, KENNY, siente una especie de interés distante por lo que escribo («distante», porque sabe que no conviene desafiar a un escritor a la hora de comer). Pero cuando le conté la historia de la doctora Bone y le dije que quería escribir acerca de la soledad, dejó la cerveza sobre la mesa y se quedó mirándome.

—¿Has estado solo alguna vez? ¿Durante más de, pongamos, un día? ¿Realmente solo?

Entonces puse yo mi vaso sobre la mesa y fruncí el ceño desde la media distancia.

—Probablemente sí...

Pero, evidentemente, nunca había estado solo de verdad. Kenny sugirió, con molesta cordura, que lo intentase.

Cambié de tema, pero era imposible pasar por alto que me había retado. Entorné los ojos. Kenny iba a estar fuera la semana siguiente, y yo prometí en silencio pasar un día completamente a solas, sin ponerme en contacto con personas ni con sus avatares digitales.

Cuando llegó el día, sin embargo, recibí un mensaje a las nueve de la mañana, y lo leí como por condicionamiento pavloviano. Una invitación a tomar algo en el parque con unos amigos de fuera de la ciudad. ¡Qué desastre!

Hice trampa. Y volví a hacerla. Fui a la cafetería. Respondí a una llamada de mi madre. Salí a correr y me paré a acariciar a un cachorro. Al acostarme, conté hasta doce interacciones en total. No pude estar solo ni siquiera un día.

Quizá pueda dejar el teléfono en casa en algunas ocasiones, refrenar un poco mi glotonería mediática, pero, ¿abandonar por completo las exigencias de la sociedad? Fue una sensación, casi olvidada, propia de la infancia, de una época en que podía ir al bosque en autostop con mi Polaroid y olvidarme, durante horas, de la existencia de otros seres humanos.

Cambié —simplemente crecí— y entré en el mundo de webs y comunicaciones que unen a los adultos entre sí. Al despertar un día, descubrí que aquellos espacios vacíos se habían llenado de neuróticas preocupaciones por el desarrollo de los hijos de mis amigos, la felicidad de parientes lejanos, el bienestar de mis colegas empobrecidos, a lo que se sumaban más preocupaciones egoístas por mi reputación (mi difusa «marca»), que podían desintegrarse en cualquier momento a causa de un comentario grosero o un cotilleo en las redes. En suma, estaba atrapado.

Pero tal vez fue el mundo el que cambió; a lo mejor ya no era tan indulgente con la soledad. O quizá, probablemente, fue una combinación de ambas fuerzas: mi propia evolución personal y la adicción del mundo a las cosas virtuales. Todo había cambiado, dentro y fuera, de modo que ahora, en un laberinto de ansiedad social, me levantaba todas las mañanas pensando «¿qué me he perdido?» y me acostaba pensando «¿qué he dicho?».

La muchedumbre, ese revoltijo de conexiones perpetuas, hacía que me quedara con hambre. De hecho, había estado hambriento durante años. Un poco de lectura y una heroína como la doctora Bone habían convertido una enfermedad en una misión. Quería volver a familiarizarme con la noche tranquila, con mis desdichadas ensoñaciones, con el yo esencial del que había estado (¿durante cuánto tiempo?) escapando. No paraba de preguntarme: «¿Por qué tengo miedo a estar en compañía de mí mismo?». Este libro es lo más aproximado a una respuesta.

Hablando en plata, nada de lo que sigue es una añoranza de la cabaña de Thoreau en el bosque. No quiero huir del mundo, sino volver a encontrarme en él. Quiero saber qué ocurre si volvemos a

tomar dosis de soledad desde dentro de nuestros días ajetreados, a lo largo de nuestras calles abarrotadas.

No es tan fácil como parece. Salgo a la calle, absorto en un paseo solitario, y de manera compulsiva observo los intercambios sociales de los demás. Una triste pareja de adolescentes enamorados, despidiéndose en la acera por la mañana; sobre el césped colindante, una madre juega al escondite con su hijito eternamente entusiasmado; un rabino se sube a su Audi mientras habla con alguien por teléfono; una mujer se asoma por la ventanilla de su puesto ambulante de café —una furgoneta— y le sirve un capuchino a una cliente, gorjeando «un hermoso café para una hermosa señorita». En todas partes nos quitamos los piojos unos a otros. De hecho, esos tiernos pero persistentes ofrecimientos son los que garantizan la supervivencia de la cultura y de la especie.

El hecho de vivir en grupos grandes —eso dicen— impone un gravamen mayor al cerebro de cualquier animal, sobre todo a su neocórtex. De hecho, todos los marcadores de complejidad social entre primates —el tamaño de la manada, los grupos de acicalamiento, las estrategias de emparejamiento, las tácticas de engaño y los juegos sociales— guardan una estrecha relación con el tamaño relativo del neocórtex de ese primate. Cuanto mayor es el neocórtex, tanto más social es el primate. Cuanto más social es el primate, mayor es el grupo en el que puede vivir sin que se produzca una implosión caracterizada por la violencia y el comportamiento irritable.

Los datos lo corroboran. El antropólogo Robin Dunbar, al desarrollar su teoría del «cerebro social» en la década de 1990, descubrió que el tamaño relativo del neocórtex de un simio estaba directamente relacionado con el tamaño del grupo: los mirikinás y los tamarinos, por ejemplo, tienen neocórtex pequeños en relación con el tamaño del cerebro y forman grupos de menos de diez individuos; los chimpancés y los babuinos tienen neocórtex relativamente grandes y forman grupos de más de cincuenta. Los se-

res humanos, durante la mayor parte de la historia, formamos grupos de unas ciento cincuenta personas y también tenemos (no por casualidad) el neocórtex más grande de todos los primates. Dunbar argumenta que el volumen del cerebro probablemente nos permitió fabricar herramientas, pero lo verdaderamente importante es que nos capacitó para aumentar el tamaño de las comunidades en las que vivimos. Más compañeros equivale a más seguridad, más fuerza, más posibilidades de transmitir el conocimiento y, en definitiva, más probabilidades de supervivencia.

Otra cosa que descubrió Dunbar es que, cuanto mayor es un grupo de primates, tanto más tiempo dedica al acicalado social. Hay que controlar y organizar constantemente todas esas manifestaciones de afecto, frustración y agresividad. Sobrevivir en un gran grupo de primates no es tarea fácil. En función del tamaño del grupo, los primates llegan a dedicar el 20% del día al acicalado mutuo.¹ A Dunbar le llamó la atención el hecho de que, dada la magnitud de nuestros grupos sociales, el animal humano se vería obligado a «acicalarse» durante mucho tiempo todos los días. Entonces, ¿cómo sorteamos la regla de Dunbar? ¿Cómo logramos que nuestros grupos sociales fueran cada vez más grandes sin tener que pasarnos el día despiojándonos unos a otros?

La respuesta está en el surgimiento del lenguaje, que cambió las reglas del juego, hace aproximadamente cien mil años. El primate anterior a la aparición de la lengua hablada debía tocar a un amigo o enemigo para acicalarlos. Un primate que sepa hablar, que sepa plantear complejas propuestas sociales que superen la burda vocalización, será capaz de «acicalar» a varios miembros de su grupo social simultáneamente. Esta multiplicación es muy importante. Aún es más, un mono parlante no se queda agachado entre la maleza durante el acicalado; el mono parlante sabe acicalar a otros mientras camina o mientras busca bayas. Eso sí que es multifuncionalidad. El nacimiento del lenguaje hizo que el acicalado se volviera tremendamente eficaz y viral.² Gracias al lenguaje, nuestros antepasados pudieron transmitir complejos pensamientos de una mente a otra, facilitando la coordinación de la

caza, la recolección de frutos y finalmente la agricultura. Gracias al lenguaje pudimos mantener la estabilidad (y por tanto las recompensas) de grupos sociales cada vez más numerosos.

Y no nos quedamos ahí. Seguimos descubriendo nuevas formas de ampliar y mejorar el acicalado social; y de ese modo el animal humano (cargando con ese enorme neocórtex) pudo vivir en grupos cada vez más grandes al mismo tiempo que mantenía intacta la apariencia de estructura y seguridad. Según esos cálculos, cada elemento de la tecnología de la comunicación —desde el papiro hasta Pinterest, pasando por la imprenta— se ha apropiado de una parte elemental de nuestra mente. Esas tecnologías, a su vez, incrementan nuestra capacidad de acicalado mutuo, permitiéndonos construir ciudades enormes, hasta llegar a «la aldea global». Sentimos empatía u odio por las personas del otro lado del planeta: refugiados y terroristas a los que ni siquiera conocemos. Mientras escribo esta frase, viven en el planeta 7.401.858.841 personas, y, por primera vez en la historia, cada una de ellas está conectada en potencia con todas las demás, lo que da un total de 27.393.757.147.344.002.220 posibles conexiones.* Mientras estoy sentado en mi pequeño despacho —mi celda—, el resto del mundo envía más de 27 cuatrillones de posibles mensajes electrónicos.

Este cambio, evidentemente, no afecta de manera uniforme a todos. Como dijo William Gibson: «El futuro ya está aquí, solo que no está bien distribuido». De hecho, a muchos adictos al iPhone les sorprende que más de la mitad de la población mundial no tenga acceso a internet. Como el cambio se produce tan deprisa, ni la pobreza ni el aislamiento rural mantendrán a la población desconectada durante mucho tiempo: en 2006, el 18% del mundo estaba conectado; en 2009, el 25%; y en 2014 la proporción había ascendido al 41%.³ Semejante tasa de crecimiento es espectacular. Piensa en la velocidad a la que se propagan los sistemas de mensajería, que dominan esta nueva realidad y represen-

* Entre n nodos hay $(n - 1)n/2$ conexiones.

tan el acto más directo de acicalado social *online*: WhatsApp, un eje de las plataformas de mensajería instantánea, alcanzó los mil millones de usuarios en 2016.

Aristóteles definió a los seres humanos como animales sociales, y tenía mucha razón. Una de nuestras principales motivaciones es causar una buena impresión a los demás. Cuando usamos las pantallas de las redes sociales en lugar de las interacciones cara a cara para acicalarnos mutuamente, podemos utilizar diversas estrategias para mostrarnos. Por ejemplo, cuando vemos una entrada de Facebook acerca del nuevo trabajo de alguien, mi amiga Jocelyn, tan encantadora como neurótica, en ocasiones escribe y reescribe su comentario durante varios minutos hasta llegar a un brevísimo e inofensivo «¡enhorabuena!» (si se siente con ganas, hasta podría añadir el *emoji* de un Martini). Como era de esperar, un estudio realizado en 2015 demostró que, de los aproximadamente mil quinientos millones de usuarios de Facebook, la utilización de esa red se dispara entre aquellos que tienen ansiedad social y, sobre todo, entre los que se sienten inseguros.⁴ La tecnología se convierte en un bálsamo, en una forma de ahuyentar las preocupaciones con respecto a nuestra adaptación a la sociedad y nuestra participación en ella. Y, a una velocidad sorprendente, la compulsión por acicalarnos *online* se ha integrado en nuestro concepto de *naturalidad*: solo el 8% de los adultos estadounidenses utilizaban las redes sociales en 2005; ese número se disparó hasta el 73% en 2013.⁵ Sin embargo, casi la mitad de los estadounidenses duermen con el móvil en la mesita de noche, usándolo a modo de osito de peluche. Ser humano es ser social; ser humano en la era de las pantallas luminosas es ser radicalmente social.

Y, sin embargo... Del mismo modo que muchas personas se ven obligadas a planificar dietas sanas en un mundo en el que sobran la sal, el azúcar y la grasa que estamos diseñados para acumular, es posible que seamos unos acicaladores sociales tan compulsivos que ahora debemos evitar su equivalente, esto es, la comida

rápida. ¿Las redes sociales nos han vuelto socialmente obesos? ¿Estamos atiborrados de conexiones, pero mal alimentados?

¿Acaso el neocórtex —aquello que nos hizo humanos, aquello que dio el impulso inicial a las ciudades, la política, la religión y el arte— ha sido secuestrado demasiadas veces?

No obstante, ¿cuándo empezó a dar miedo el impulso acicalador *online*? Señalar esas cosas es como un juego de salón, pero he aquí un intento: 09.49 horas del 14 de julio de 2004. Ese fue el momento en que un tipo se conectó a un sitio web de vídeos digitales y creó un nuevo «foro» con las palabras «estoy muy solo, ¿alguien quiere hablar conmigo?». Al cabo de una década, *Salon* culminó los comentarios con «el hilo más triste de internet». Pero incluso unos días después de la publicación de la entrada inicial, cualquiera que escribiese «estoy solo» en el motor de búsqueda de Google era remitido allí; la gente publicaba entradas sobre su abrumadora soledad e inspiraba un poco de lástima. Resulta que muchas personas, tras un par de vinos por la noche, lanzan las palabras «estoy solo» a las aguas de internet. Pero ¿qué esperan pescar? «Somos todos unos fracasados y necesitamos vidas», tecleó un visitante. «Es como si ya nadie fuera real», escribió otro. Nadie preguntaba por psiquiatras y fármacos, ni tampoco buscaba una novia o un compañero de piso que no fumase. Aquello era simplemente un aullido digital.

No es tan extraño pedirle a internet que resuelva el problema de la soledad humana. Me he acostumbrado a formular las búsquedas en Google como preguntas inútiles. A lo mejor tecleo «¿qué hora es en París?» o «¿cuántos litros son un azumbre?». Estas son preguntas oraculares. Cualquiera formularía casi sin darse cuenta una pregunta más emocional a semejante autoridad. «¿Por qué no soy feliz?» «¿Por qué no me quiere nadie?»

09.49 horas del 14 de julio de 2004. Es un anodino miércoles por la mañana. Tal vez fue entonces cuando el impulso de acicalado virtual se nos fue de las manos. Un tipo anónimo —llamémoslo Eddie— se sentía solo y se le ocurrió buscar compañía en inter-

net. Era sencillo. Y el oráculo era tentador. «Estoy muy solo, ¿alguien quiere hablar conmigo?» No había nada peligrosamente nuevo en el hecho de que Eddie quisiera huir de su propia compañía; lo nuevo era la facilidad con que huía, la agradable promesa tecnológica de que no volvería a sentirse solo. Si internet se había convertido en el destructor de la soledad, entonces era bienvenido. Ya habíamos aprendido a agradecer sus pequeñas intrusiones, sus sonrientes imposiciones.

En 2020, entre 30.000 millones y 50.000 millones de objetos —coches, tostadoras, frascos de champú— estarán conectados a internet; eso es el triple de las cosas disponibles en la red en el momento de escribir estas páginas, en 2016.⁶ Las inútiles cosas de tu habitación, el parque de tu barrio, el lavabo del avión... tendrán una vitalidad que habría maravillado a generaciones anteriores (algunos miembros del Instituto Tecnológico de Massachusetts [MIT] han dado en llamar a esas cosas *objetos encantados*, lo que nos recuerda la observación de Arthur C. Clarke, según el cual «cualquier tecnología avanzada es indistinguible de la magia»). Este floreciente «internet de las cosas», en el que la desconexión se convierte en una especie de pecado, se basará en vínculos de conexión y retroalimentación constantes, esto es, en una vibración social permanente. Dicho de otro modo, nuestro entorno constará de menos plásticos y ladrillos, y de más infraestructuras en la «nube».* Esos entornos digitales renegarán de la desconexión, considerándola un tipo de anomalía; el resultado será un ecosistema mental que se comportará de la misma manera.

Los comienzos del internet de las cosas ya están aquí. Lo creamos dotando a los parquímetros, a las redes eléctricas, a las divi-

* Esa distinción es, por supuesto, una especie de mentira. Nosotros *percibimos* la diferencia entre el árido mundo analógico y el etéreo mundo de la *nube*, pero los objetos virtuales siguen viviendo en alguna parte, en los áridos y tangibles *servidores*, que tanta energía consumen.

sas, a los automóviles, a los documentos, a las despensas, a la ropa y a las joyas de una inteligencia virtual que era impensable hace veinte años. Entre tanto, Google Now me da infinitos y joviales consejos esté donde esté. Amazon Echo, que tiene voz y oídos, organiza las tareas domésticas como un sirviente espacial, reordenando las provisiones, actualizando la lista de la compra y leyendo recetas de cocina. Amazon Prime Air está deseando entregar paquetes mediante drones. Y las aplicaciones autodidactas supervisan las actividades de las personas, sincronizando su comportamiento para que su funcionalidad resulte casi invisible. A menudo no somos conscientes de nuestra posición en esta espiral de conexiones, pero tenemos pruebas evidentes (si las buscamos) de que la esencia de nuestras horas se ha alejado de la soledad, aproximándose al embolismo.

La gloria cibernética no se limitará solo a los hábitats humanos. Haremos un reino animal a nuestra imagen y semejanza. Algunas vacas suizas, por ejemplo, envían mensajes de texto a los granjeros mediante sensores y tarjetas SIM que llevan implantadas en el cuello. Esos dispositivos detectan el celo de las vacas. El mensaje, más o menos, reza así: «Estoy lista para que me inseminen».7 ¡Chúpate esa, Tinder!

No puedo hablar en nombre de las vacas, pero los seres humanos aceptan de buen grado la tendencia a conectarlo todo y a todos. Como demostraron las investigaciones de Dunbar, esa necesidad está grabada en nuestra naturaleza más básica. Evidentemente, no estamos solos en esto, pues hay muchas especies sociales. Pero los seres humanos forman parte de un selecto grupo que podría considerarse *eusocial*. Se trata de un término que el entomólogo E. O. Wilson emplea para describir una red multigeneracional de animales capaces de sacrificarse por sus semejantes. Al igual que las hormigas que estudia Wilson, los seres humanos somos extremadamente colaboradores. Estamos diseñados para atender continuamente las necesidades de la comunidad. Sin duda, también somos egoístas, pero resulta sorprendente con qué facilidad dejamos a un lado nuestro individualismo y nos sacrifi-

camos para contribuir a las conquistas militares de otros; con qué facilidad nos consagramos al altar de los proyectos colectivos haciendo gala de tanta humildad como un coro escolar y de tanta admiración como la que produce el gran colisionador de hadrones. Para Wilson, la evolución de la cultura eusocial es «una de las más importantes innovaciones de la historia de la vida» (en el mismo plano que las alas y las flores).⁸

Esos fuertes vínculos sociales ocultan otras formas de ser: los seres humanos rehuimos la soledad a cada momento. Una encuesta realizada en Estados Unidos en 2013 con una muestra de 7.500 usuarios de teléfonos inteligentes reflejó que el 80% de ellos estaban ya con el móvil en la mano a los quince minutos de despertarse.⁹ La proporción aumenta hasta el 89% entre los jóvenes de dieciocho a veinticuatro años (muchos de los cuales agarran el teléfono nada más despertarse). De hecho, uno de cada cuatro encuestados no recordaba un solo momento del día en que no tuviese el móvil al alcance de la mano. Eso es auténtica eusocialidad. Nuestra concesión a las grandes redes sociales va mucho más allá de la practicidad; es completamente compulsiva y obligatoria, como una prolongación del cordón umbilical. Teclea «miedo a estar» en Google y antes de que termine aparecerá «miedo a estar solo».

Por el contrario, teclea «miedo a estar sin» y aparecerá la opción «miedo a estar sin celular». Muchas personas denuncian el aumento del FOMO (siglas de *fear of missing out*, «miedo a perderse algo»), mas, para mí, esa palabra no capta la magnitud de la ansiedad. Cuando salgo a pasear sin el móvil durante una hora o dos, lo que me pone de los nervios es el miedo de perder *mi esencia*, no de perderme las noticias. Como un amante que solo siente la atenta mirada de su amada, yo parezco estar siempre en peligro de desaparecer cuando no percibo la atención de los demás.

De nada sirve que el acicalado social mediante el móvil produzca dopamina, activando el sistema de placer/recompensa.* La

* El propio ADN de internet parece una prolongación de los instintos sociales, formados por unos y ceros eléctricos. La madrina de internet (ARPANET) fue

doctora Elizabeth Waterman, psicóloga especialista en ese tipo de adicciones, me dijo en una ocasión: «Para sobrevivir, no nos queda más remedio que compartir las cosas». Y, cuanto más las compartimos, mejor nos sentimos, al menos a corto plazo: «El sistema de recompensas cerebrales se ilumina cuando sabemos que nuestra información ha llegado a muchas personas, no solo a unas pocas». El primate hincha el pecho cuando acicala a toda una multitud. En Twitter, ¿quién no siente un subidón de dopamina cuando un comentario tiene «de improviso» un montón de retuits?

De manera reveladora, nuestros deseos digitales se centran casi exclusivamente en lo social. Waterman me dijo que las aplicaciones para redes sociales son las que más adictos crean: «Es una cuestión de enviar mensajes, ya sea mediante Instagram, Pinterest o lo que fuere. Por el contrario, las webs no sociales —las que se ocupan de las noticias, el tiempo o los deportes— no crean adicción». El argumento de Waterman define con más precisión la vaga ansiedad que siento cuando miro el móvil, una ansiedad que veo reflejada en los demás. Es esa necesidad adolescente de notabilidad, sociabilidad, amor —y, sí, acicalado—, pero todo junto en un solo tótem brillante. Todo junto en este enigma negro. Ocupa poco espacio en la mano, pero insinúa realidades abrumadoras, sobre todo en lo referente a la economía.

creada por quienes pensaban que el intercambio de información supondría un enorme impulso que daría lugar a un nuevo Siglo de las Luces. El proyecto fue financiado por el Congreso de Estados Unidos, el cual pensaba en las necesidades militares (no puedes volar un sistema de comunicación disperso con una sola bomba), pero los encargados del proyecto no eran tan brutos: abogaban por el intercambio libre de información y por la descentralización del poder. Esa cualidad ética la habían heredado, de hecho, de la Ilustración original. Y siempre quedaba la esperanza de que el diálogo (no la satisfacción) ganase la batalla. «En internet —escribe Cory Doctorow, coeditor del blog *Boing Boing*—, cada medio es en primer lugar una forma de diálogo social y, en segundo lugar, un foro especializado que se propone algún otro objetivo.» Dicho de otro modo, hagamos lo que hagamos, lo estamos compartiendo.

Los que nacimos en el siglo XX crecimos en una economía dominada por la energía y la banca. Pero desde hace unos años tenemos un nuevo jugador: la plataforma. Y las *empresas plataforma* son, ante todo, sociales. Si las *empresas lineales* de toda la vida fabricaban algo y te lo vendían («¿quieres unas Nike? Aquí las tienes»), las compañías plataforma —como Uber o YouTube— crean la infraestructura y te piden que hagas tú el trabajo. Tú conduces el coche, tú filmas el vídeo, y la empresa plataforma se lleva su parte. Muchas plataformas no pagan nada por ese trabajo, pero en la alegría de compartirlo, nos aseguran, estará la recompensa. Ese es un acuerdo verdaderamente útil para el propietario de la plataforma, pues no requiere muchos gastos generales. Instagram, por ejemplo, cuando la compró Facebook por mil millones de dólares en 2012, contaba solo con trece empleados. El valor real de la empresa lo crearon, sin cargo alguno, los millones de usuarios: un laborioso y agradecido público. En el momento en que escribo esto, más de mil millones de usuarios están «subiendo» más de cuatrocientas horas de vídeo a YouTube *cada minuto*. Si hubiera que pagar por ese tipo de trabajo, una plataforma como YouTube sería insostenible. Pero, logrando que los usuarios hagan el trabajo gratis, la plataforma se convierte en una mina de platino.

También hay plataformas que practican lo que graciosamente se llama *economía compartida* o *consumo colaborativo*: podemos alquilar el apartamento de un desconocido por medio de Airbnb; podemos utilizar las herramientas de nuestros conciudadanos por medio de SnapGoods; podemos compartir bicicletas o coches gracias a RelayRides o Wheelz. A primera vista parece una utopía. ¡Qué maravilla! ¡Lo único que necesitábamos era una forma de compartir las cosas! (No importa que el consumo colaborativo se dé con frecuencia al margen de las agencias tributarias, de manera tal que la sociedad en su conjunto no participe de la «colaboración».) En seguida aparecen grietas. Por ejemplo, la economía compartida también ofrece una aplicación como MonkeyParking, la cual, en 2014, hacía posible que la gente subastara plazas de aparcamiento en San Francisco al mejor postor, hasta que la Fis-

calía municipal entró en escena y dijo taxativamente que la Ciudad de la Bahía no consentiría un sistema en virtud del cual los ricos podían aparcar donde quisieran y los pobres quedaban en inferioridad de condiciones.¹⁰

Al mismo tiempo ha surgido una nueva clase social, el *precarariado* (híbrido de *precario* y *proletariado*), que se caracteriza por una vida laboral insegura y siempre cambiante. Se calcula que la mitad de la mano de obra estadounidense estará compuesta por autónomos en 2020.¹¹ Una proporción creciente de esa fuerza laboral constará de multitudes de trabajadores que servirán de engranajes de la plataforma económica, interviniendo probablemente en una interminable serie de conciertos organizados por los equivalentes a Uber o TaskRabbit, y contratados quizá por empresas menos prestigiosas que los tendrán todo el día introduciendo datos o rastreando LinkedIn como si fueran motores de búsqueda humanos. Estos trabajadores están vinculados a sus patrones de manera etérea; son anónimos, y carecen de seguridad social, de planes de jubilación y de otros beneficios que las generaciones anteriores daban por sentados. La libertad asociada al trabajo autónomo —la independencia laboral que anuncian las «colmenas» del trabajo compartido— es una libertad falsa si tienes que entonar un canto de agradecimiento por cada uno de los elementos que componen tu cena.

Hablé sobre estos cambios con Marshall Van Alstyne, un profesor de la Universidad de Boston y del MIT, quien estudia la economía de las empresas digitales. «Tres de las treinta empresas más importantes del momento son empresas plataforma —me dijo—. Es un cambio mucho más espectacular de lo que la mayoría de la gente se imagina.» De hecho, Van Alstyne compara el cambio que estamos viviendo con la transición que se produjo a principios del siglo pasado, esto es, con la Revolución Industrial. «En aquel momento —me explicaba—, las inversiones masivas en infraestructura se centraban en el hierro, el petróleo o el cobre. Pero ahora la economía ya no considera la magnitud de la oferta, sino la magnitud de la *demanda*. Ahora son los propios usuarios

los que crean el valor.» Van Alstyne cree que, durante la próxima década, las plataformas dominarán la economía.

También cree que la organización basada en plataformas se extenderá más allá de las grandes empresas y moldeará las ciudades y los gobiernos (sus colegas del MIT ya están colaborando con las autoridades de Singapur, Londres, Copenhague y Seattle). Serán auténticas comunidades *inteligentes*. Si las compañías plataforma confían en los usuarios para que dirijan las cosas, lo mismo puede decirse de las *ciudades plataforma*: grandes entornos urbanos confiarán en los datos introducidos por miles de ciudadanos con el fin de optimizar el transporte, el mantenimiento del orden, la venta al por menor, el turismo, etc. El comportamiento de los ciudadanos se transformará en datos que se difunden por las aplicaciones y los tableros de control hasta llegar (supuestamente) a los minoristas, los gobiernos y los propios ciudadanos. Imagínate, por ejemplo, el *alcantarillado inteligente*: el MIT's Senseable City Lab está desarrollando una plataforma abierta que supervisa los residuos humanos en tiempo real, permitiendo vigilar las epidemias urbanas de una manera más dinámica (la detección inmediata de cualquier brote de enfermedad es uno de los beneficios más evidentes). Los movimientos de personas, taxis, pasajeros de avión y embalajes de envío también podrían supervisarse para que la ciudad reaccionase a sus propias pautas.¹²

Por muy bien que suene lo de la ciudad plataforma, dudo que ese cambio elimine una cualidad esencial de la vida urbana. ¿No nos trasladamos algunos a la ciudad sobre todo para ser anónimos e incontables, para estar solos entre una multitud caótica y, de ese modo, encontrarnos a *nosotros mismos*, sin importarnos lo que piensen o descubran los demás?

La idea de una ciudad plataforma —sincronizada, social y sin contratiempos— parece al mismo tiempo utópica y orwelliana. Es la idea de un futuro en que la política, la economía y la cultura se

combinan para alcanzar el deseo primordial de estar conectadas en todo momento.

Sin embargo, si anhelo la soledad, si me separo voluntariamente de la muchedumbre, soy en teoría una persona perdida. Incluso cuando empecé a escribir este libro, me miraban mal por aprovechar las pequeñas oportunidades de independencia, las pequeñas desconexiones. Tardaba un día en responder a un mensaje o en rechazar una invitación, diciendo: «Por nada en particular; quédate en casa esta tarde». Y la gente *no soportaba* eso. Un amigo llegó a preguntarme qué había hecho él para que a mí dejase de gustarme ir a los *pubs*. Otro se puso furioso porque no respondí a la invitación de boda que colgó en su página de Facebook (yo llevaba siete años sin entrar en Facebook, pero eso no parecía importarle). Mi tarea consistía en superar *su* desasosiego tanto como el mío. La soledad constituye un verdadero tabú.

Pero los tabúes están para acabar con ellos. Todos los días, prácticamente a todas horas, tenemos ocasión de estar solos. Vete a dar una vuelta en coche. Siéntate en el césped. Guarda el móvil en un cajón. En cuanto empezamos a buscar, nos damos cuenta de que la soledad está siempre debajo de la superficie de las cosas. Al principio pensé que la soledad era un arte perdido. Ahora comprendo que es un término valioso, una metáfora demasiado maleable.

La soledad se ha convertido en un recurso.

Al igual que todos los recursos, se puede cosechar y acumular; las fuerzas poderosas pueden tomarla sin permiso para luego transformarla en riqueza personal, hasta que los campos del espacio vacío que dábamos por sentados se disipan y desaparecen. Por último, perdemos la capacidad de desarrollar una rica vida interior como la de la doctora Bone.

Conservar ese recurso tiene sus ventajas, al igual que las tiene conservar los océanos y los bosques. Pero no nos molestamos en proteger nuestra soledad hasta que recordamos que tiene valor.

La verdadera soledad —en oposición a la fallida soledad que denominamos *aislamiento*— es un estado fértil, pero que cuesta mucho conseguir. Una vez que le hacemos sitio, descubrimos que ese espacio vacío oculta cosas valiosas que siguen esperando entre el destello y la acción de nuestras vidas sociales. A medida que seguía investigando, empecé a recordar un tranquilo distanciamiento, una seguridad en la que podía vivir durante al menos una hora de serenidad. ¡Cuántas ganas tenía de reencontrarme!